

SUSANA LÓPEZ ARANDA

Al celebrarse este año la XXV Muestra Internacional de Cine, se vuelve necesario hacer un recuento de su historia. Susana López Aranda nos invita a conocer los distintos elementos que la han conformado, desde el legendario Cine Roble, hasta el perfil de la gente que ha asistido año con año a este evento tan esperado.

CRÓNICA DE UNA MUESTRA ANUNCIADA



SUSANA LÓPEZ ARANDA
CRÍTICA DE CINE. MIEMBRO DEL
CONSEJO DE REDACCIÓN DE
DICINE. ACTUALMENTE ES
SUBDIRECTORA DE EVENTOS
ESPECIALES DE LA CINETECA
NACIONAL. MIEMBRO DEL
CONSEJO EDITORIAL DE
INTERMEDIOS.

LA MUESTRA EN SUS INICIOS

“Nos vemos en la escalera”: esta frase, entre noviembre y diciembre allá por los años setenta, significaba, sin resquicio de duda, una cita formal para encontrarse en algún punto de la escalinata de acceso al cine Roble, durante la Muestra, por supuesto.

La esquina de Reforma e Insurgentes era, en los casi siempre 21 días de la Muestra, un hervidero de gente de todos los tipos, filiaciones y aspectos. Antes de la función de la noche, coches lujosos causaban estrepitos en la circulación mientras depositaban en la banqueta sus contenidos: señoras emperifolladas, burocratas de ciertos vuelos, personajes lucidores, muchos de los cuales esgrimían en alto una codiciada invitación, señal inequívoca de que eran los meros meros. . . Las funciones de tarde y moda estaban, en cambio, más bien dominadas por estudiantes fachosos, cinéfilos, escritores, críticos de cine, por los intelectuales, pues.

Presidida entonces por el hotel Hilton (*colapsado*, como se usó decir, en el terremoto de 1985) y por el cine Roble (dañado en el sismo de 1979, aquel en el que se cayó la Ibero), esa intersección es hoy un descampado fantasma de lo que fue. Un parquecito siniestro, una horrenda hamburguesería transnacional y el Roble inservible, partido en dos. Sólo el último rey azteca permanece incólume, por algo es estatua, en tanto la ciudad, ayudada por los movimientos telúricos, transforma con una velocidad desconcertante los rasgos de su fisonomía.

Pero desde 1971, año en el que se efectuó la primera Muestra Internacional de Cine —que en cierto modo sustituía a la Reseña de Acapulco desaparecida en 1968 y a las Jornadas que eran su contraparte en el D.F.—, el viejo cine Roble con sus desmesurados aires de templo grecorromano que incluía unos sospechosos *dioses* de raras proporciones y ornamentos dorados, fue la sede estelar mientras duró.

La atestada entrada era un modelo de apretujamientos de postín; podía uno presumir no simplemente de codearse, sino de haber sufrido a la altura de las costillas falsas, los codos mismos de la *crema y nata* de la *intelligentsia* y la farándula nacionales.

Gracias a la Muestra, por lo menos tres generaciones hemos podido conocer películas que de no ser porque son invitadas especialmente no hubieran llegado nunca a México

A la Muestra en el Roble se iba, aparte de por las películas, a ver y a dejarse ver. Quien confesaba apabullado: “No, no tengo abono”, era visto con una mezcla de lástima y desprecio por los enterados. Éstos, desde luego, muy pronto formaron una grey tan constante como heterogénea y variopinta que contribuyó decisivamente a que la Muestra se consolidara desde sus inicios.

Honor a quien honor merece: muchos de los primeros espectadores no se han perdido una sola Muestra, coleccionan los programas de mano y, los más porfiados, hasta los carteles (y las camisetitas y demás parafernalia de los últimos tiempos del *marketing* y el consumismo).

Así, prácticamente desde su primera

aparición, la Muestra Internacional, para el público más adepto, se convirtió en un acontecimiento esperado e indispensable, sobre todo porque permitía ponerse más o menos al corriente de lo que cinematográficamente pasaba en otros países, porque permitía conocer películas que de otra manera jamás hubieran llegado a nuestra paupérrima (tanto entonces como ahora) cartelera comercial.

Poco a poco, sin embargo, la Muestra fue cobrando fama y partidarios en círculos más extensos, fue expandiéndose y diversificándose. Conforme crecía la ciudad, la Muestra creció hacia otras salas, y logró hacerse, finalmente, de un espacio y un tiempo en la vertiginosa vida de la capital. Partes de la Muestra se han extendido a otras ciudades de provincia.

Asimismo, la Muestra ha sobrevivido a catástrofes y cambios de cines; su importancia es tal que incluso ha logrado resistir varios relevos sexenales con las consiguientes y ajetreadas salidas y entradas de funcionarios en la entidad gubernamental que la organiza (la Dirección General de Cinematografía en los tiempos pre-RTC, luego, la Dirección de Cinematografía a secas) desde el principio y para la que, por suerte, se ha convertido en un compromiso público ineludible. Con altibajos de calidad, incertidumbre y amagos de no poderse hacer en las épocas de peores crisis, la Muestra, a pesar de todo, ya es hoy parte sustancial de la vida cinematográfica en México y los cinéfilos, esperanzados, la aguardan como una especie de regalo de fin de año.

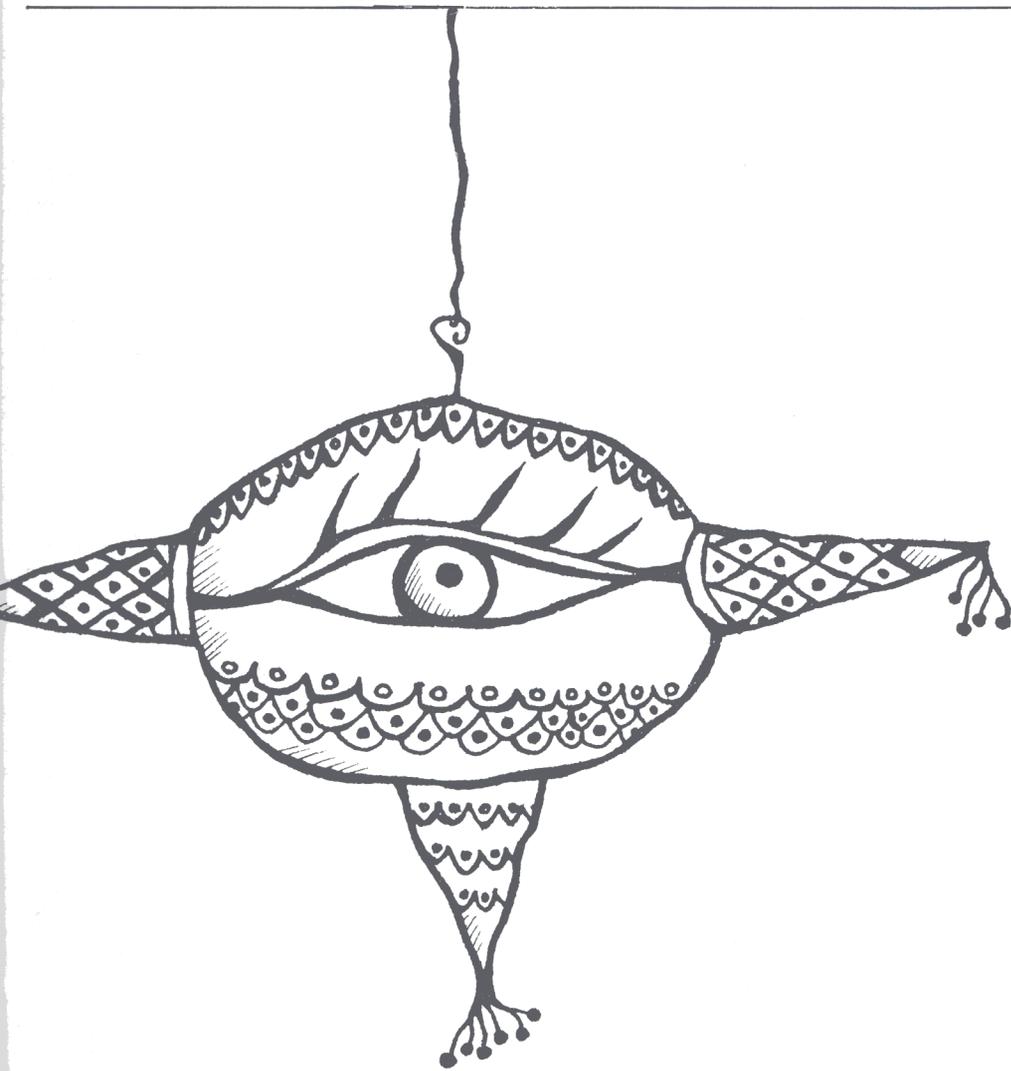
BODAS DE PLATA

Efectivamente, este año se celebrará la Muestra número XXV, pero como un *Te Deum* sería en definitiva poco recomendable, esta nota conmemorativa propone algunos temas adicionales para recordar.

Antes que nada, cabe la aclaración de que no son 25 años, sino 25 muestras, pues en 1977 hubo dos minimuestras de primavera y otoño, como las modas, y con más o menos 15 o 16 títulos cada una, lo mismo que el año siguiente.

Los cines

Aparte del multimencionado y añorado



cine Roble, la Muestra ha pasado por diferentes salas. Ya cuando constituía un éxito de público, se sumó en 1978, a partir de la IX, de primavera, la sala Fernando de Fuentes de la vieja cineteca (inaugurada en 1974 y quemada en trágicas circunstancias en 1982). En 1979, para la Muestra XI, también de primavera, el Roble caído fue sustituido por el inhóspito Auditorio Nacional. A partir de la Muestra de otoño de 1979, la XII, el gigantesco cine Internacional era el que estrenaba la programación.

Desde 1982, como la Cineteca ya no tenía sede con sala, se fueron agregando cines como El Relox (de infame memoria, ya cerrado), los Satélite 2000 por un tiempo, los dos muy bonitos del Centro Cultural Universitario, el Pedro Armendáriz, etcétera.

En 1984 estuvimos de fiesta porque se inauguraron las nuevas instalaciones de la Cineteca y la Muestra 17 (el cambio de números romanos a arábigos, de la 14 a la 21, no es invención mía. En este sexenio se volvieron a usar romanos, por qué, quién sabe) fue la primera que se proyectó también en tres de sus cuatro flamantes salas.

Al año siguiente, el que cayó en el cumplimiento de su deber fue el cine Internacional, para nunca jamás volver. El Chapultepec tomó la estafeta pero sólo en la Muestra 18. Desde 1987, con la número 20, el Latino Plus ha repetido como abridor, ¿hasta cuándo?, quizás hasta que la desincorporación nos separe. . . La sala del Poli, desde hace cinco años, está en el circuito de la Muestra igual que en fechas recientes el cine Perisur, las Eneps y otras más.

Cines van y vienen y esto que parece un recuento de las siete plagas de Egipto (por lo calamitoso), no puede sino concluir con la aceptación de que llevar la Muestra a más puntos era indudablemente necesario. La gente que acude actualmente no cabría ni soñando en el Roble y en la vieja Fernando de Fuentes, pero ni hablar, se echa de menos a esas salas.

El público

Las criaturas de la Muestra. . . qué crónica realmente sentida puede omitir a los muestrófilos. Si bien en la escalinata del cine Roble podían distinguirse todas las subramas de esta especie juntas, hoy

continúan existiendo básicamente los mismos tipos, nada más que esparcidos por todos los rumbos de la ciudad.

Entre los habituales están aquellos que así se ahorran ir al cine el resto del año y se curan de paso la culpa; también, claro, están los cinéfilos viciosos que se toman el asunto muy a pecho y no faltan a ninguna película por ningún motivo, ni a las de más dudosa calidad y procedencia, y arrostran con ánimo aun el riesgo de padecer un ataque fulminante de saturación fílmica.

Entre otros especímenes destacados, vale citar a:

—El gurú: se presenta rodeado por un séquito de jóvenes granujientos a quienes fácilmente convence de que él sí entendió de todas, todas.

—El misionero: él o ella no puede evitar hacer proselitismo y trata de convencer a quien se deje de que la película es buenísima, o de que es un asco.

—Los impúdicos: esos que creen que su opinión, expresada siempre a voz en cuello, es de vital importancia para todos los demás.

—Los acarreados: casi siempre van a fuerza y nomás acompañan a un novio o novia con aspiraciones intelectuales.

—Los exquisitos: nada les gusta, nada les parece, repelan de todo, pero van siempre. Algunos dizque críticos de cine pertenecen a esta subrama, en versión comando atacatodo. Advertencia: cuando para ahorrarles bilis no se les invita, se ponen como fieras.

—Los crédulos: para ellos, en cambio, la programación es un asunto de fe. Creen que cualquier bodrio, si está en la Muestra, tiene que ser una maravilla.

—Los solemnes: éstos se enojan con las comedias y piensan que las películas, para ser buenas, deben tener "mensaje".

Podrían enumerarse muchos casos más, pero no se trata de un catálogo exhaustivo. El lector puede, sin embargo, ensanchar el campo de la muestrología con sus propias observaciones.

EL CINE Y LA MUESTRA

Pero haciendo a un lado las frivolidades y los panegíricos, la Muestra, que nació internacional y con una clara vocación maratonística si se la mira con malos ojos, ha venido a ser una especie de mal necesario.

LA MUESTRA EN CIFRAS

Número total de muestras:	24
Número total de películas:	472
Muestra con más películas:	24 (XXII Muestra, 1989)
Muestra con menos películas:	13 (XI Muestra, 1979)
Número total de países participantes:	46
Países con más representaciones:	78 Estados Unidos 76 Francia 60 Italia 46 México 37 Gran Bretaña
Países con menos representaciones:	1 Argelia, Bolivia, Costa Rica, Islandia, Israel, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, RDA, República Dominicana, Tahití y Turquía
Directores con más representaciones:	10 Woody Allen 8 Ingmar Bergman 7 Federico Fellini Andrzej Wajda 6 François Truffaut Ettore Scola Carlos Saura Istvan Szabo
Películas más largas:	245 min.: <i>1900</i> , de Bernardo Bertolucci (1976) 230 min.: <i>Napoleón</i> , de Abel Gance (1927) 220 min.: <i>Érase una vez en América</i> , de Sergio Leone (1983)
Películas más cortas:	70 min.: <i>Mi tío Antonio</i> , de Claude Jutra (1971) 70 min.: <i>Ensayo de una orquesta</i> , de Federico Fellini (1978) 70 min.: <i>Robinsonada o mi abuelo inglés</i> , de Nama Dzorjadze (1986)
Actores con mayor número de películas:	11 Marcelo Mastroianni 9 Michel Piccoli 8 Erland Josephson 8 Alejandro Parodi
Actrices con mayor número de películas:	9 Geraldine Chaplin 8 Liv Ullman 7 Ángela Molina 6 Blanca Guerra 5 Mia Farrow

Información recopilada por el Centro de Investigación y Documentación de la Dirección General de Actividades Cinematográficas de la UNAM y por el Departamento de Documentación e Investigación de la Cineteca Nacional.

Por un lado, en su aspecto interno hay que destacar que organizarla es una pesadilla. Armar las Muestras con medios digamos precarios y con distribuidores y embajadas de todo el mundo que envían películas que a veces no llegan o llegan patinando pero sin subtítulos, ha causado úlceras y más de una cana a los responsables que de veras lo han sido.

Si los organizadores sufren, los usuarios más adictos, aunque agradecidos, también sufren y acaban, después de los 21 días que suele durar la Muestra, con ojeras, conjuntivitis y un sueño impresionante, sobre todo los que van a la función de la noche.

Gracias a la Muestra, sin embargo, por lo menos tres generaciones de espectadores, al desenvolver el regalo anual de cine, hemos podido conocer una selección de películas, a estas alturas bastante considerable, que si no fuera porque son invitadas especialmente nunca hubieran llegado.

También, desde luego, hay películas que, aunque tienen distribuidor en México (muchas veces convencido por los organizadores de comprar tal o cual cinta) necesitan, por su calidad, el lanzamiento que proporciona la Muestra.

Claro, no se puede soslayar que ciertas películas son meros preestrenos de relleno, pero en el mejor de los casos, han sido minoría.

La obra de realizadores como Truffaut, Visconti, Herzog, Fellini, Bergman, Kurosawa, Lynch, Olmi, Erice, Tarkovski y Scola, por citar unos cuantos de los de primera línea, se conoció y se sigue aquí, mediante la Muestra. Las películas de los estadounidenses Allen, Coppola o Scorsese tal vez llegarían a México de cualquier manera, pero se han convertido en tradición de la Muestra.

Así, mientras la exhibición comercial en nuestro país sea tan limitada y pobre como hasta ahora (y aún hay posibilidades de que la cosa empeore; quién querrá traer películas que tal vez sea virtualmente imposible estrenar, ya no digamos recuperar la inversión...), la Muestra Internacional de Cine seguirá siendo necesaria.

Ahora, suponiendo que todo se arreglara y compusiera, de todos modos, sería, la verdad, un muy apreciable presente de fin de año. 